

Atomos para la Paz

Aunque la amenaza de las armas nucleares sigue en pie, aunque sea una utopía, pese a la bondad del anhelo de combatirla, el pensar, en conjurarla, resulta grato leer como los países más adelantados en conocimientos atómicos dedican cada día un más elevado esfuerzo, un mayor presupuesto a las aplicaciones pacíficas de la energía nuclear.

Inglaterra ocupa el primer lugar en este aspecto, con sus centrales eléctricas termo-nucleares, dos, por lo menos ya en funcionamiento, con sus nuevos tipos de reactores, entre los cuales figura el célebre reactor ZETA, cuyo slogan propagandístico en la Gran Bretaña «H-Power at home», ha aparecido recientemente en centenares de periódicos y revistas.

Rusia no se queda tampoco a la zaga. Su última novedad la constituye el rompehielos «Lenin» de 16 mil toneladas. Primer buque del mundo, — buque, no submarino—, movido por energía nuclear. Tiene un largo de 134 m. y 27 m. de manga, y puede cortar una capa de hielo de unos 2 m. de espesor. Su botadura se verificará el día 7 de noviembre próximo, en las fiestas de conmemoración del levantamiento bolchevique. América nos anuncia que en 1960 será botado su primer mercante atómico. Barco que desplazará 21 mil toneladas, y será destinado para pasajeros y carga. También nos anuncia un nuevo tipo de reactor, para fines industriales.

Francia con su central termo-nuclear de Marcoule, pareció haber iniciado un vasto programa de aplicación pacífica de esta nueva forma de energía.

Al margen de estas noticias que podríamos calificar de sensacionales, cada uno de estos países rinde, por separado, un esfuerzo enorme en cuanto a la aplicación de los radio-isótopos,

En la prensa del día siete del mes en curso, leí estas cortas líneas, notificando el fallecimiento de mi novelista preferido.

Me afectó la noticia de su muerte, en el mismo grado que me afectaría perder a un gran amigo. Y no le había visto nunca; pero le conocía, profundamente, entrañablemente, gracias a la transparente sinceridad de sus obras, en las que él, ni jugando a contrastes, supo ocultar su propio pensamiento, su propia manera de ser. Mundo, ambiente y personajes literarios, pese a ser distintos, según la obra, están trazados con la misma medida; la suya propia, la del autor. Circunstancia que, para algunos, será considerada como un defecto, ya que arguirán que un novelista debe trascender su personalidad y su mundo, para ofrecernos pintura o imagen de la más amplia diversidad de caracteres, de vidas. Pero como, en esencia, nada podemos dar que no sea nuestro, que no hayamos sufrido, yo estimo la constante de Morgan como una cualidad y no como un defecto.

No obstante, esa constancia de Morgan no implica monotonía, porque no es de forma ni de anécdota, sino pura y simplemente de fondo. Fiel a su concepto del hombre y de la vida. Entablé conocimiento con la obra de este gran novelista en 1942, cuando José Janés editó en la colección Aretusa la traducción castellana de «Retrato en un

no ya solamente en el campo médico sino al mejoramiento de la riqueza agrícola y forestal de sus respectivos campos y bosques.

Los radio-isótopos son generalmente usados como «trazadores», es decir, pueden y marcan el camino y la evolución de determinados elementos en una larga y compleja serie de procesos biológicos, que así pueden ponerse claramente de

espejo». A esta novela siguen: «Sparkenbroke» y «La estancia vacía» (1943), «La fuente» (1944), «El río deslumbrante», comedia, «El viaje» e «Imágenes en un espejo», colección de artículos literarios, en 1947. «La historia del juez», 1948, y «Camino secreto», 1951, obras todas ellas editadas bajo la dirección de José Janés. Nueve obras que he leído mil veces, sin que el mil, esta vez, implique exageración. Y cada lectura con renovado asombro, con renovado placer; con agradecimiento. Si, especialmente con agradecimiento. Ya que quien lee con atención las obras de Charles Morgan, sentirá al final hacia él un profundo reconocimiento. Cada una de sus palabras es una mano tendida apoyo y ayuda, sobre un camino de conciencia, de plenitud, de bondad.

Para Morgan, — y es preciosa su fe—, hombre y mundo quedaron redimidos en el Calvario. Es decir, aplastado definitivamente el mal, por la nueva Gracia, por la esperanza. El mal no le obsesiona, porque lo sabe superable, vencible. «Llamad y se os abrirá» parece ser su lema. Y fiel a él, todos sus personajes llaman.

Todos sus personajes piensan, razonan. Cada uno de ellos, — y son muy distintos entre sí y de las más diversas clases sociales—, anhela y sabe pensar, aunque no todos sean lo que hemos dado en llamar un pensador. No hay hombres muertos entre sus

personajes, no hay sepulcros vacíos. Y gritan en silencio que vivir no es nada y que vivirse es la mejor meta. Pero para vivirse es preciso conocerse y, a su vez, conocer al prójimo. Y todo conocimiento entraña amor. Por ello, el amor en la obra de Morgan adquiere una importancia extraordinaria. Amor, el que sea. De padres a hijos. De hermano a hermano. Entre amigos. Para el desconocido y para el enemigo. Y el duro y brillante amor entre hombre y mujer.

Y en el concepto de amor de Charles Morgan, además del acato a la cristiana rectificación del primer mandamiento del Decálogo, que hermana la mente con el corazón, se desliza un nuevo factor, un importante y primerísimo factor: la imaginación. «La imaginación es el realismo del espíritu». El poder de imaginar, no de fantasear, a la persona amada nos procura un conocimiento tan vivo de ella, como imagen esculpida en nuestra carne. Imagen absolutamente defendida de unas apariencias, incluso de unos hechos reales que el conocimiento logrado nos dirá vividos en una distorsión de la propia integridad. Y ese poder de la imaginación, siempre certero, además de salvaguardar la auténtica imagen del ser amado, salva tiempos y espacios en experiencias extra-sensoriales, y que Morgan incorpora a la más real realidad, sencilla-

(Continúa en la página siguiente)

manifiesto. En consecuencia, el hombre, en cada momento, sabrá como ayudar y activar los procesos normales que se desarrollan en el interior de plantas y árboles.

No, no debemos imaginarnos, pues, que la industria esté llamada a reemplazar a la agricultura, en el curso de nuestro siglo o en el venidero. Simplemente la técnica de una nueva industria se ha puesto al servicio de

la agricultura, estableciendo entre ambas una interdependencia.

Y como no perdió vigencia el refrán, «para muestra, un botón», cerramos nuestro comentario de hoy, satisfechos de haber podido mostrar el camino de paz, fructífero y seguro, que ha emprendido la más terrorífica energía que conocieron los siglos.

M. W.